

Siempre escrito en el agua se llama una reciente antología de la poesía de Alfonso Alcalde. Apareció este mes en que se cumplen seis años de su suicidio en su última residencia: una pieza solitaria en Tomé.

Evitamos eufemismos como "la dramática" o "trágica desaparición". La verdad es que Alcalde puso fin a su vida acosado por la pobreza. No tenía dinero para subsistir, para cubrir las necesidades de sus hijos, para sostener las condiciones mínimas de una existencia. El trabajo escaseaba. Ofrecía a la prensa grandes reportajes de investigación —de los que fue precursor— y no recibía respuesta. Las deudas eran puntuales pero no así las entradas. Perdía la visión de unos ojos vivos y amables. Había vivido el exilio y al regresar comprobó largamente que no había lugar para él a pesar de sus veinte libros, de sus obras de teatro, de sus biografías, de sus grandes reportajes, de las traducciones y el conocimiento de un mundo de varias de sus obras. No alcanzó a cobrar una pensión de gracias que llegó cuando sus amigos ya le había despedido en el cementerio de Tomé.

Esa es la verdad. ¿Escribió en el agua? Parece que no. Ahora empiezan a abrirse las cajas fuertes de su herencia. Está en la cartelera una versión teatral de su *El Auriga Tristán Cardenilla*, una obra Rebelesía-

na. Valoramos mejor el majestuoso tejido poético de *El panorama ante nosotros*. Se publican sus cuentos. Se representó *La consagración de la pobreza* en una versión provocadora y tumultuosa de Andrés Pérez. Leemos sus grandes poemas en una selección del riguroso Nain Nómez. En definitiva, descubrimos a Alfonso Alcalde como a uno de los más importantes escritores chilenos de este siglo.

Sabemos que le caracterizaba "una amarga sabiduría" como dice Gonzalo Rojas, que poseía una imaginación desenfrenada, que conocía a los chilenos de mar a cordillera, que sus personajes están entre la tragedia y la comedia; que su lirismo era tan poderoso como su escepticismo; que rendía tributo a la democracia y el humanismo, que su ropa está entre las mejores de la literatura nacional.

Tal vez la nueva generación ignora que nació en Punta Arenas en 1921, que fue devoto de Concepción, una ciudad en la que trabajó y que adoptó como suya.

Su primer poemario *Balada para la ciu-*

Alfonso Alcalde

VINETA

LUIS ALBERTO
MANSILLA

dad muerta fue prologado por Neruda pero ni siquiera tal auspicio salvó al libro de su autocrítica. Quemó los ejemplares en una ceremonia junto a sus amigos.

Al incendiar su primera nave se propuso ser de verdad un poeta de tonelaje, con el furor y el largo alien-

to de Pablo de Rokha pero con su propia voz. *El panorama ante nosotros* es un libro difícil de soslayar, aunque de su vastedad rescatemos sus apenas *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte*.

Se ganó la vida como periodista y se dedicó a ese oficio en cuerpo y alma. Era renovador y ocurrente. Dirigió el suplemento semanal del diario *El Sur* de Concepción y creó programas radiales cuyos modelos son imitados hasta hoy. Trabajó en las revistas *Ercilla* y *Vistazo*. Fue editor en Quimantú de la colección "Nosotros los chilenos" que agotaba temas de la vida popular.

Era un escritor y periodista de actividad torrencial hasta septiembre de 1973. Entonces su casa fue allanada y no tuvo otra alternativa que iniciar una vida de exi-

liado con su mujer y sus hijos pequeños. Fue a dar a Rumania donde el dictador Ceausescu era un Dios vivo. Los numerosos chilenos recibidos en Bucarest vivían en una especie de ghetto insostenible. Recuerdo que en esos años conocí a Alcalde en Berlín donde exploraba alguna posibilidad de cambiar de exilio. Fuimos al ballet a ver el épico *Espartaco* de Jachaturian y le llevé a conocer al muro que dividía la ciudad en dos sistemas. Me habló ante la puerta de Brandeburgo de su anhelo de regresar: "No puedo vivir sin Chile", dijo.

Regresó en 1979 luego de deambular con su familia por Tel Aviv, París, Barcelona. Le encontré en 1991 en el paseo Ahumada. Me pareció envejecido y desencantado. "Es duro vivir en Chile" me advirtió. Se despedía de algunas esperanzas que se estrelaban contra la indiferencia y el trastoque de valores que caracterizan al orden neoliberal.

Asistimos en estos días a la marcha de la justicia del tiempo y a la permanencia de lo creado por Alfonso Alcalde. Ya lo había percibido en 1947 el visionario Neruda. Escribió: "Tú Alfonso de las ciudades marinas traes/ humo y lluvia en tus manos/ y sabes tejer el hijo fresco y frío/ de la profundidad matutina".